

La duda de Norbert Elias: ampliaciones en la teoría del proceso civilizatorio*

Norbert Elias's doubt: New theoretical remarks on civilizing process

Fernando AMPUDIA DE HARO

Instituto de História Contemporânea. Universidade Nova de Lisboa
fernandoampudia@hotmail.com

Recibido: 15.01.08

Pedido modificación: 5.07.08

Definitivo: 23.07.08

RESUMEN

El propósito del artículo es efectuar una aproximación a las principales líneas de investigación que ha generado la teoría del proceso civilizatorio tal y como fue expuesta por Norbert Elias. Fundamentalmente, estas líneas se han articulado alrededor de una triple temática definida por los conceptos de descivilización, discivilización e informalización. Una vez analizados dichos conceptos, se propone una posible aplicación de los mismos al caso específico español durante la fase que media entre la proclamación de la II República (1931) y el final del franquismo (1975).

PALABRAS CLAVE: Proceso de la civilización, Norbert Elias, Descivilización, Discivilización, Informalización.

ABSTRACT

The aim of this paper is to offer a general perspective on concepts like *decivilisation*, *dyscivilisation* and *informalization*. This analysis is carried out using the framework of the civilization process theory defined by Norbert Elias. Once analyzed these concepts, an application of these concepts to the Spanish specific case during the period defined by the Second Republic (1931-1936), the Civil War (1936-1939) and Franco's dictatorship (1939-1975) will be developed.

KEYWORDS: Civilization Process, Norbert Elias, Decivilisation, Dyscivilisation, Informalization.

* El trabajo que aquí se presenta es parte de un proyecto de investigación post-doctoral titulado *El hombre civilizado en España y Portugal: modelos de comportamiento y emocionalidad en las dictaduras franquista y salazarista* (Ref.: SFRH/BPD/26210/2005) financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia del Ministério de Educação, Ciência e Ensino Superior (Portugal).

SUMARIO

I. Descivilización, discivilización e informalización. 1. La posibilidad de la descivilización. 2. Estado y civilización. 3. El autocontrol hoy: Informalización y autoayuda. II. Una posibilidad práctica: España (1931-1975). Bibliografía.

La vida de Norbert Elias es, en gran medida, sinónimo de avatares, contratiempos y reveses. Los obstáculos que le salieron al paso fueron enfrentados con una inusitada fe en sus propias posibilidades; enfrentados desde el pleno convencimiento de estar capacitado para producir “*algo relativamente importante*”. Al tiempo, junto a esta muestra de confianza en sí mismo, albergaba una más que razonable duda: ¿sería continuada su obra por autores posteriores? (Elias, 1995:49). El reconocimiento, aunque tardío, llegó de múltiples formas: Premios como el Amalfi en 1977, más y más trabajos que lo citan y toman como referencia además de la creciente influencia que su obra ejerce en sociólogos actuales son pruebas de ello (Smith, 2001:13-14; Lamo de Espinosa, 2001:22-30). Y aquella duda también ha quedado finalmente resuelta: existen hoy múltiples aportaciones que siguen su estela y de ellas van a ocuparse las páginas que siguen.

La formulación inicial de la teoría del proceso civilizatorio (Elias, 1987) ha merecido –mayoritariamente desde Holanda y Reino Unido, países en los que Elias dejó discípulos– complementos y clarificaciones sucesivas que han alimentado una activa corriente de sociología figuracional ampliando paulatinamente la matriz explicativa que nos legó el autor¹. El objetivo de este artículo es efectuar un acercamiento a tales ampliaciones, esto es, efectuar una síntesis de las líneas maestras que han orientado y orientan actualmente gran parte de la investigación de raigambre eliasiana. Esta síntesis va a llevarse a cabo privilegiando los temas frente a los autores, a saber: existen una serie de cuestiones clave que han merecido un tratamiento preferencial, que articulan el grueso del debate y que, a la postre, son las que han generado y generan una mayor producción bibliográfica. Por lo tanto, en torno a ellas girará mi exposición.

Ésta se organiza en dos secciones. La primera, de índole teórica, presenta y analiza tres conceptos básicos para la teoría del proceso civilizatorio que suponen una continuación de las aportaciones realizadas por Elias. Me refiero a las nociones de *descivilización*, *discivilización* e *informalización*. En la segunda, de carácter práctico, se pretende una aplicación de dichos conceptos a un periodo histórico concreto; es decir, se trata de

evaluar la capacidad explicativa que demuestran, en este caso, sobre una fase concreta del proceso civilizatorio español: la que discurre entre la proclamación de la II República (1931) y el final del franquismo (1975).

I. DESCIVILIZACIÓN, DISCIVILIZACIÓN E INFORMALIZACIÓN

1. LA POSIBILIDAD DE LA DESCIVILIZACIÓN

La teoría del proceso de la civilización asume que la conducta y las emociones individuales son progresivamente autocontroladas en paralelo a la constitución del Estado y su monopolio de la violencia, el incremento de la diferenciación social, la especialización funcional y la interdependencia. Como proceso no planeado e inintencional ocupa siglos sin que exista un “punto cero” de partida equiparable a la incivilización total. Tampoco se contempla un momento final asimilable a la absoluta civilización. No posee, pues, sentido teleológico aunque ello no nos impide hablar de un proceso estructurado con una dirección detectable que en el nivel ‘microsociológico’ se identifica con el autocontrol del comportamiento y los afectos y en el nivel ‘macrosociológico’ con la pacificación y complejización del espacio social.

La “otra cara de la moneda” (Mennell, 2001) o el envés de la civilización es la *descivilización*. Con este término, la atención se desplaza hacia una variada gama de fenómenos sociales presididos por la violencia, la brutalidad represiva y la exclusión. El caso paradigmático que ilustraría una suerte de “estado general descivilizado” lo constituye el periodo nacionalsocialista en Alemania, que a su vez lleva, inevitablemente, a considerar temas anexos como el holocausto y los campos de exterminio. Aún así, no resulta difícil encontrar a lo largo del siglo XX muestras en igual sintonía: estalinismo, maoísmo, jémeres rojos o la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia pudieran ser algunas de ellas. Ejemplos como los citados supondrían en apariencia una enmienda a la totalidad de la teoría del proceso civilizatorio. No obstante, tal

¹ Para una aproximación inicial al porqué de la desigual implantación de la sociología figuracional en España, véase Noya (1994). Con todo, en nuestro país contamos con trabajos que toman a Elias como referencia: véanse REIS (1994), Béjar (1993a, 1993b), Gaspar (2003), García Martínez (2006) y Ampudia (2007).

enmienda se antoja precipitada cuando se observa que la problemática que se plantea, pese a su complejidad, ha tratado de ser confrontada con aquellas herramientas que proporciona la propia sociología figuracional. Así pues, la teoría del proceso civilizatorio no ha ignorado estas cuestiones de las que se ocupó inicialmente Elias (1996) y posteriormente diferentes continuadores de su obra (Mennell, 1989b, 1990; Fletcher, 1997; Dunning y Mennell, 1998). Al respecto, existen dos preguntas básicas que responder: ¿cómo interpretar aquellos procesos sociales que se manifiestan en sentido contrario al fijado por el proceso de la civilización? y ¿cómo se conjugan movimientos simultáneos en sentido civilizado y descivilizado en el marco de una sociedad concreta? Veamos a continuación la respuesta que se ha ofrecido².

Todo proceso social está sometido a un balance que, en tensión, contrapone tendencias centrípetas, conducentes a la integración de la sociedad, y centrífugas, responsables de su desintegración. El proceso de la civilización, según Elias lo describe desde la Edad Media hasta el siglo XIX, supondría constatar el predominio de las tendencias centrípetas frente a las centrífugas. Dicho predominio presenta una doble concreción dependiendo del nivel de análisis que consideremos. En el nivel ‘macrosociológico’ conlleva la constitución de monopolios estables sobre la fuerza física, una mayor longitud de las cadenas de interdependencia, un incremento de la especialización funcional, la creciente identificación entre grupos sociales, la reducción de las diferencias de poder y la eliminación de la violencia en la vida social. En el nivel ‘microsociológico’ se corresponde con la emergencia de estándares de conducta y afectividad autocontrolados que comportan flexibilidad y empatía, un tipo de personalidad restringida por coacciones internas esgrimidas en nombre del pudor, la vergüenza o el desagrado y una modalidad de pensamiento racionalizado “no comprometido” o no implicado emocionalmente.

Hablar de predominio no significa negar la presencia del componente centrífugo e incluso considerar que en algún momento éste resultase dominante. Si así fuera, y de nuevo distinguiendo un doble nivel de análisis, podría decirse que en

términos ‘macrosociológicos’ ello conlleva la fragmentación del monopolio sobre la fuerza física, el acortamiento de las cadenas de interdependencia, la desidentificación y exclusión entre grupos sociales, el aumento de las diferencias de poder y la presencia manifiesta de la violencia en la vida social. En términos ‘microsociológicos’ se alumbra un estándar de conducta y afectividad heterocontrolado proclive al desarrollo de pautas mentales significativamente intolerantes y autoritarias que, a su vez, son afines a cierta volatilidad emocional, desconfianza y resquemor ante el prójimo. De este modo, el predominio de las tendencias centrífugas permitiría que hablásemos de *descivilización*.

Sin lugar a dudas, es la cuestión relativa a la violencia y sus implicaciones la que tiende a sembrar mayores dudas sobre la capacidad explicativa de la teoría del proceso civilizatorio. El argumento recurrente evoca los niveles de violencia alcanzados a lo largo del siglo XX como prueba que desacredita esa teoría. Sin embargo, entiendo que fiar todo a la violencia comporta, por un lado, efectuar una lectura restringida y reduccionista de Elias y, por otro, ignorar cuanto se ha aportado, bien por el propio autor, bien por otros que inscritos en una línea eliasiana, se han ocupado de caracterizar estados sociales descivilizatorios. *Descivilización* y violencia no son categorías equivalentes. Antes bien, la segunda se incluye en la primera. Como se ha recalado, una dinámica descivilizatoria es el resultado del predominio de fuerzas centrífugas sobre fuerzas centrípetas. Dentro de ese predominio se contemplan más variables que la propia violencia, que aún siendo fundamental, no resulta la única a considerar. Interesa por tanto su tratamiento no aislado como variable omnicompreensiva. Lo relevante es dar cuenta de su sociogénesis y del papel que desempeña y ocupa en la conjunción de fuerzas sociales de distinto signo. La controversia acerca de la violencia ha de ser enmarcada en un ámbito de análisis más amplio que no es otro que el de la evaluación de las tendencias integradoras y desintegradoras a las que está expuesta cualquier sociedad. En cualquier caso, tanto *civilización* como *descivilización* no designan estados sociales fijos

² Esta respuesta se ha beneficiado en gran medida de la lectura de un artículo inédito de Raúl Sánchez (2007) que lleva por título “*Civilising-decivilising, formalising-informalising balances on the historical development of figurations*”.

y absolutos sino tendencias y dinámicas en continua interacción. Y así como no existe un “punto cero” de absoluta *descivilización* corregido gracias al avance de la civilización, tampoco lo civilizado es irrevocable: antes bien, no está de más recordar su provisionalidad y contingencia. En definitiva, hasta aquí lo que tenemos es la posibilidad de un análisis que considere el balance entre fuerzas centrípetas y centrífugas para, desde ahí, determinar cuál es el elemento dominante. No obstante, este tipo de análisis deviene incompleto si no se pone en conexión con un conjunto de reflexiones teóricas más amplias en torno a la concepción eliasiana del cambio social. Esta conexión permite fijar con mayor precisión los límites del concepto de *descivilización*.

Para Elias, el cambio social es el resultado de acciones intencionales individuales entrelazadas en virtud de relaciones sociales de interdependencia. Esas acciones anónimas generan consecuencias no incluidas en las intenciones iniciales pero que al entrelazarse dan lugar a resultados no intencionales³. La interpretación del cambio se inscribe, por tanto, en la lógica de las consecuencias no intencionadas de la acción intencional (Bogner, 1986:392; Ramos, 1994:46). Esta lógica se concreta en un proceso sostenido de larga duración —el proceso civilizatorio— que posee una dirección identificable con una creciente civilización. Tal proceso comporta cambios en la emotividad y el comportamiento humanos en un sentido autocontrolado paralelamente al incremento de la diferenciación social, la división funcional y la interdependencia. Siendo ésta la concepción del cambio, ¿cómo interpretar la *descivilización*?

Si la dirección del cambio social apunta a una civilización creciente, la *descivilización* cabría entenderse como una parada o suspensión del curso general del proceso civilizatorio. Respetando la lógica del proceso de la civilización en lo tocante al cambio social, la *descivilización* emerge como una suerte de alto en el camino. El evolucionismo no-intencional eliasiano no deja muchas más salidas interpretati-

vas. Es en este punto donde comienzan a plantearse problemas teóricos de considerable calado. Y se plantean a raíz de la experiencia histórica del siglo XX, trufado de guerras, exterminio y persecuciones. Aquí, el evolucionismo no-intencional comienza a ser redefinido, matizado o desactivado. Se hablará, en consecuencia, de que el proceso civilizatorio puede sufrir oscilaciones, regresiones, progresiones o rupturas (Mennell, 1989a:236). Para ello entra en juego el concepto de *descivilización*, que se identificará con esas alteraciones en la marcha de la civilización pero al que no se le asigna un estatuto de parada o detención. De hacerse, no cabe duda de que terminaría por apuntalar el carácter evolucionista del proceso civilizatorio y, por extensión, su indudable parentesco con una sociología de “tufo decimonónico” hoy declaradamente obsoleta (Ramos, 1994:28). Quizá esa obsolescencia sea la que complique una reivindicación plena y sin ambages de aquel evolucionismo no-intencional. En lo que se refiere a los continuadores de Elias, o bien esa reivindicación nunca se produce con claridad, o bien se procuran medios términos entre avances y retrocesos civilizatorios que acaso hagan más soportables los reproches al determinismo que destilan los enfoques evolucionistas (Béjar, 1994:19). En lo que toca al propio Elias caben menos dudas. Su evolucionismo no se ancla en la idea de necesidad sino en la de probabilidad. El desarrollo histórico se explica con arreglo a figuraciones sociales —la feudal, la cortesana o la profesional-burguesa— que como entramados de interdependencias no tienen por qué transformarse necesariamente en otro tipo de figuración concreta⁴. Mas que no exista necesidad no supone que cualquier transformación sea igualmente probable. Hay grados de probabilidad más elevados que otros y, por ello, transformaciones y pasos de una figuración a otra igualmente más factibles⁵. La explicación del proceso de formación estatal es buena muestra de ello: la figuración feudal, compuesta de pequeñas unidades políticas en competencia por oportunidades de poder, ate-

³ Referencias explícitas a esta concepción del cambio pueden encontrarse en Elias (1987:449-450).

⁴ En palabras de Elias (1999:197): “Así se explica que se pueda demostrar en una investigación genética retrospectiva que una figuración ha tenido que surgir de una figuración anterior determinada o incluso de una serie de figuraciones anteriores de un tipo determinado, sin afirmar por ello que estas figuraciones anteriores tuviesen necesariamente que transformarse en las posteriores”.

⁵ La noción de necesidad, según Elias (1999:199), nos sume en una “[...] jungla de asociaciones físico-matemáticas [...] Sería más preciso y apropiado hablar de [...] posibilidades o probabilidades de diverso grado”.

sora una dinámica propia y autónoma que termina por subsumir a todas ellas en una unidad hegemónica asimilable al Estado. Este mecanismo de monopolización de la violencia “[...] constituye un buen ejemplo del tipo de secuencias forzosas que autorizan a decir en casos específicos que antes o después surgirá con más probabilidad de una figuración previa otra determinada figuración aún no existente, una figuración que pertenece al futuro” (Elias, 1999:200). El autor no esconde su afinidad intelectual con la sociología evolutiva del siglo XIX, de la que destaca su capacidad para “ver el bosque más claramente que los árboles” (Elias, 1999:182). Al no disponer entonces de la enorme cantidad y variedad de datos que debe tener presente el sociólogo actual para confeccionar modelos explicativos, era más sencilla la percepción de un curso histórico general que interpretase el cambio social como cambio estructurado. Estos modelos evolutivos, a juicio de Elias, van a desecharse no sólo porque la sociología del siglo XX acuse una propensión al estudio de los plazos cortos, sino porque acabaron impregnadas de valoraciones ético-políticas que presentaban a unas sociedades como entidades cualitativamente superiores a otras. Así, se desestiman análisis y enfoques fecundos sospechosos de legitimar la preeminencia y superioridad de ciertas sociedades; “se arrojaba al niño junto con el agua sucia del baño” (Elias, 1999:184). En resumen, ese “tufo decimonónico” unido a la declaración de obsolescencia ha conducido a no considerar ciertas implicaciones del componente evolutivo no-intencional impidiendo una lectura de la *descivilización* como parada o interrupción del proceso civilizatorio. En su lugar, la cuestión se traslada a un plano secundario y se redefinen las prioridades a la hora de emprender el análisis del proceso civilizatorio. Así, la cuestión se plantea actualmente como una evaluación del predominio de lo centrípeto sobre lo centrífugo o viceversa; el grueso de la explicación descansa en la consideración de ese balance y su resultado. A largo plazo –y ello supone que la mirada del sociólogo considere el espacio de los siglos– sabemos, de acuerdo con Elias, que se impone la civilización. ¿Y a corto? Pudiera ser que la *descivilización* resultase dominante. ¿Cómo se interpreta ese predominio? En general, como preponderancia de unas fuerzas centrífugas-descivilizadoras cuantitativa y cualita-

tivamente superiores a sus contrarias. La *descivilización* toma así forma de balance desligado de la concepción general del cambio social que encarna el proceso civilizatorio. Si no se desliga, esa *descivilización* aparecería como una detención más o menos momentánea del curso civilizatorio que caracteriza al desarrollo histórico; una detención que, en mayor o menor plazo de tiempo, verá reanudar la marcha al recuperarse los niveles de interdependencia, diferenciación social, división funcional y pacificación. En cierta medida, pese a que los continuadores de Elias no se manifiesten en semejantes términos y opten por hablar de balances, progresiones y regresiones, la idea de detención –y posterior reanudación– se perfila en las palabras de Mennell (2001:40) cuando aborda el episodio del Holocausto para negarlo como refutación definitiva del proceso de la civilización: “El hecho es que, tras todo el horrible sufrimiento que trajo consigo, las tendencias civilizatorias volvieron a ser dominantes tras un periodo relativamente corto de años”.

Sucede que si ese balance entre lo civilizado y lo descivilizado se desliga de la noción general de cambio social, toma fuerza la opción de que las fuerzas civilizadoras y descivilizadoras, si se quiere, compitan de igual a igual. Y si lo hacen, uno de los resultados posibles es que la *descivilización* resulte dominante a largo plazo. Dicho resultado contravendría la dirección identificable del proceso –autocontrol– poniendo en aprietos la teoría eliasiana. En realidad, cuando la sociología figuracional actual habla de ‘procesos descivilizatorios’ se refiere más a tendencias y dinámicas que a procesos sostenidos a largo plazo. Todos los casos que se aducen como ejemplos descivilizatorios –las dos Guerras Mundiales, el Holocausto o el conflicto de los Balcanes– agotan, por lo menos en el terreno del análisis, sus efectos descivilizadores al cabo de cierto tiempo. Mientras la civilización funciona analíticamente con el rango de proceso multisecular sostenido, la *descivilización* adopta el carácter de tendencia en un largo plazo que no es nunca el largo plazo de la civilización. Con todo, algunos pasos comienzan a darse en el sentido de la *descivilización* a largo plazo entendida como procesos continuados de desintegración social; procesos que a lo largo de siglos acabaron con imperios y civilizaciones antiguas; aquéllos que dieron al traste con

el Imperio Romano, los Asirios, los Hititas o en la Península Ibérica con los Tartessos⁶.

En síntesis, la *descivilización* como concepto arroja problemas en cuanto a su interpretación y estudio. Ante todo, esta problemática se revela en toda su complejidad cuando se confronta con la noción general de cambio social que articula la teoría del proceso civilizatorio. En este ámbito, resta aún clarificar tanto su estatuto –¿interrupción, retroceso?– como su alcance temporal.

2. ESTADO Y CIVILIZACIÓN

Elias, deudor de los planteamientos de Max Weber, entiende que el Estado, en tanto monopolizador de la violencia, se construye mediante la competencia y eliminación de unidades que aspiran a la hegemonía monopolística. Se reduce el margen de utilización de la violencia privada hasta estabilizarse el monopolio que, por añadidura, implica la pacificación del espacio social y una renuncia obligada a la fuerza particular en las relaciones entre grupos e individuos (Elias, 1987:257-446). La lógica descrita concibe la violencia como elemento reductible por parte del Estado al ser titular de su control: por eso, la crisis y fragmentación estatales podrían provocar un regreso a la violencia ejercida por particulares. Empero, ésta también es susceptible de retornar a la sociedad de manos del Estado, y no precisamente porque éste se halle en una situación de teórica debilidad.

Puede ocurrir que mientras el monopolio estatal se mantiene estable y protege modelos de comportamiento y emocionalidad civilizados, sea el Estado quien perpetre actos de violencia organizada y sistemática sobre categorías específicas de individuos. Lo que se afirma en este supuesto es que la monopolización estatal de la violencia “genera civilización” para amplios contingentes de la sociedad y, en paralelo, excluye a cierta clase de ciudadanos frente a los que emprende acciones que persiguen su exclusión o eliminación. La posibilidad de tales

“reductos de barbarie” en coexistencia con una mayoría de la sociedad en la que imperan conductas y actitudes pacíficas ha recibido el nombre de *discivilización* (Swann, 2001). Las dinámicas sociales discivilizadas atienden a los procedimientos mediante los cuales el Estado identifica, registra, clasifica, aísla y castiga a un tipo concreto de individuos. Su confinamiento espacial y su etiquetaje como sujetos susceptibles de ser violentados, vejados o humillados traslucen una intención manifiesta de compartimentar la violencia. Así, tan sólo en esos compartimentos se aplicará ésta; compartimentos al margen de la cotidianidad de la ciudadanía que permiten la cohabitación de la civilización y la violencia estatal. En tales coyunturas, compartimentar la violencia posee su correlato conductual y mental; esto es, tiende a traducirse en un tipo de comportamiento y emocionalidad específicos. La *discivilización* requiere un aparato de autocontrol individual rígido y detallado que establezca una distinción clara entre la conducta posible en dichos compartimentos –conducta que contempla la violencia como un curso de acción posible y necesario– y las conductas fuera de los mismos, en los que la violencia resulta proscrita.

La *discivilización* es, por tanto, aplicación de niveles extremos de fuerza sobre grupos en aras de un modelo global de integración social que incluye la eliminación o reclusión de esos grupos en los márgenes de la sociedad. También lleva aparejada el fomento intencional de la desidentificación⁷ entre grupos sociales y la categorización de uno o varios de estos grupos como “enemigo interno” de acuerdo con un esquema dicotómico *Established* (establecidos)/ *Outsiders* (marginados) (Elias, 1994a). Los vínculos entre grupos y las relaciones de dependencia recíproca son siempre cambiantes si manejamos una perspectiva histórica a largo plazo; cambios que apuntan en el curso del proceso general de la civilización hacia una democratización funcional entendida como reducción de las diferencias de poder en el par gobernan-

⁶ Los textos que habitualmente se toman como referencia para plantear la posibilidad de la *descivilización* a largo plazo no han sido producidos por la propia sociología figuracional, aunque se busca en ellos evidencias empíricas que den forma a tal posibilidad. En general, son producto de historiadores y arqueólogos en los que se especula habitualmente con razones materiales –gestión de recursos naturales, variaciones demográficas, desarrollos tecnológicos– que darían cuenta de la desintegración de sociedades complejas a lo largo del tiempo. Al respecto, son de interés Tainter (1988) y como aportación más reciente Diamond (2006).

⁷ El término desidentificación, tratado por De Swaan (1997), se refiere al proceso cognitivo y emocional mediante el cual las personas desarrollan afectos y visiones negativas de los otros conducentes a la aversión, el rechazo y la exclusión social.

tes/gobernados así como entre estratos sociales, lo que provoca un incremento en el nivel de dependencia y control mutuos. Ahora bien, las dinámicas discivilizatorias se manifiestan en contra de tales movimientos de democratización funcional y generan un aumento de las diferencias de poder y la distancia social entre grupos. Las relaciones entre grupos sociales encuentran en la dicotomía ‘establecidos/marginados’ una herramienta analítica de sumo interés. Esta dicotomía se integra en un modelo explicativo de tensiones sociales en torno a recursos de cualquier índole –económicos, políticos, culturales, ideológicos, carismáticos o de estatus– que, a su vez, incluye percepciones sobre el propio grupo y el ajeno. Dichas percepciones, usualmente de tipo valorativo, contienen juicios positivos y negativos acerca de los grupos; juicios estrechamente relacionados con la distancia social y los balances de poder intergrupales. Así, cambios en la distancia o el balance abocarán a una mayor o menor radicalización en esos juicios ligados a sentimientos de superioridad o inferioridad individuales por el hecho de pertenecer a tal o cual grupo.

El concepto de *discivilización*, como tal, no fue empleado por Elias aunque ciertas aportaciones de su autoría previas a la elaboración de dicho concepto apuntaban en ese mismo sentido⁸. Elias teoriza el proceso civilizatorio como pacificación progresiva de las sociedades y progreso del autocontrol. Una sociedad civilizada es aquella que ha logrado eliminar la violencia de la vida cotidiana mediante la centralización y el monopolio estatal de la fuerza. Mas por esta centralización y monopolización no deja de pagarse un precio: los componentes de la sociedad quedan o pueden quedar expuestos a los dictámenes arbitrarios de los administradores del monopolio. El Holocausto, caso del que Elias se ocupa en *The Germans* (1996), muestra cómo las formas civilizadas concretadas en las maneras, el aseo o la comida pueden coexistir armónicamente con los asesinatos en masa. Es más, la visión de los muertos o la repugnancia experimentada ante los cadáveres vivientes de los campos de concentración produjo en muchos casos la más perfecta reacción civilizada en los observadores: aquello que daba asco o violentaba la sensibilidad quedó recluido en el ámbito de

lo secreto, de lo no visible; quedó recluido entre los bastidores de la vida social. Elias admite que el proceso de la civilización sufre reveses y movimientos contrarios. Advierte, pues, que “*la civilización nunca está del todo finalizada y siempre corre peligro. Está en peligro porque mantener una postura civilizada en una sociedad requiere un grado de autodisciplina relativamente alto y requiere también algo más: es necesario un alto grado de pacificación en la sociedad. Pero, a su vez, la pacificación interna de una sociedad está también en peligro. En peligro por las tendencias de la sociedad misma*” (Elias, 1994b:141). El que las personas puedan vivir de un modo pacífico depende, por un lado de la asunción por parte del Estado del monopolio de la violencia física para aplicarla organizada y legalmente. Pero también depende de la pacificación interior de la persona, estrechamente conectada con la estructura social y el entramado estatal. El monopolio de la violencia ha sido hasta ahora posible en el espacio interior de los Estados pero imposible en las relaciones interestatales, donde tal monopolio es inexistente. El balance internacional de poder de los siglos XIX y XX es informado por la existencia de dos tipos de cánones de conducta presentes en gran parte de los estados nacionales: un canon de corte igualitario y otro de naturaleza no igualitaria. El primero encuentra su procedencia en los sectores ascendentes de la burguesía y preconiza ideales de autonomía moral, pacificación y cosmopolitismo. El segundo halla su origen en los sectores aristocráticos dominantes y propugna ideales guerreros, nacionales y colectivistas. El equilibrio inestable que pudiera existir entre ambos cánones explicaría por qué el proceso de la civilización es siempre un proceso provisional en el que, junto al autodomínio y pacificación de la conducta, pueden darse elevados niveles de violencia.

Si recapitulamos lo hasta ahora expuesto, podemos advertir cómo el Estado deviene elemento central, ya sea en el marco general de la teoría del proceso de la civilización, ya sea en el estudio concreto de la *discivilización*. En todo caso, se antojaría una variable imprescindible para cualquier tipo de análisis que tenga en mira procesos civilizatorios. No obstante, una posibilidad que también podría barajarse nos habla de

⁸ Para un tratamiento más amplio, véase Elias (1996:171-297).

la factibilidad de dinámicas sociales civilizadas en ausencia de monopolios estatales sobre la violencia, esto es, procesos de civilización sin concurso del Estado. En este sentido, la antropología ha dado con modelos de comportamiento que presentan un elevado grado de elaboración y autocontrol contruidos sin presencia de cobertura estatal alguna⁹. Un ejemplo son los Djuka de Surinam (Theoden Van Velzen, 1984). Los Djuka esperan de los adultos elevados grados de contención siendo totalmente condenados comportamientos agresivos o violentos. Esta regulación conductual no es explicada en virtud de la acción pacificadora del Estado sino, principalmente, gracias a un tipo de matrimonio uxori-local. Cuando el hombre y la mujer se casan, establecen su residencia en el poblado de ella sin que él deje de mantener contacto con su lugar de origen. Se teje una red de interdependencias en la que maridos y mujeres se ven empujados a una negociación constante, tanto entre ellos mismos como con las familias en sus lugares de procedencia. Esta negociación requiere diplomacia, flexibilidad y una disposición a ajustar el comportamiento a los requerimientos que se expresan desde los poblados en los que nacieron. Frente a la formación del Estado, la centralización de la autoridad y el monopolio de la violencia son las relaciones matrimoniales entre los Djuka las que forjan una trama de vinculaciones que contribuyen a la depuración y autocontrol del comportamiento. En otras palabras, lo que se plantea, en última instancia, es la posibilidad de la civilización sin Estado, circunstancia que contraviene aparentemente los principios básicos definidos por Elias en torno al proceso de la civilización. Y sólo aparentemente, porque la ligazón del autocontrol individual con el nivel ‘macrosociológico’ de la formación estatal es una de las posibilidades que explora el autor sin que ello implique la exclusión de otras variantes, como las que apuntan ciertos estudios antropológicos¹⁰. Habrá que profundizar en esas variantes a fin de seguir enriqueciendo nuestro conocimiento acerca de procesos sociales de larga duración. Aún así, más allá de la presencia o no del Estado, parece complicado rebatir que no hayan existido sociedades sin forma alguna de comportamiento

individual controlado. El concepto de civilización en el sentido de una diferenciación y control conductual-emocional es aplicable a cualquier comunidad humana: los hombres, al margen de cuándo y dónde, aprenden pautas de comportamiento y emocionalidad siguiendo sus propios impulsos o bajo la coacción de otros. Así, cambios en las condiciones que rigen las relaciones humanas terminarán por acarrear cambios en los modelos de conducta.

En definitiva, si tomamos en consideración el elemento ‘Estado’, se dibujan tres variedades específicas de procesos civilizatorios que, como tipos generales, contribuyen a orientar el análisis sin menoscabo de matices y especificidades (Swann, 2001:273). En primer lugar, procesos civilizatorios en los que la constitución de un monopolio estatal estable sobre la violencia corre parejo a la eliminación de la fuerza física ejercida por particulares. Nos situamos aquí ante el modelo clásico expuesto por Elias en *El Proceso de la Civilización*. En segundo lugar figuran aquellos procesos civilizatorios en los que el Estado también detenta un monopolio estable pero que, al tiempo, ejerce con sus propios recursos diferentes dosis de violencia sobre determinados grupos en compartimentos bien delimitados que impiden la extensión de esa misma violencia al conjunto de la sociedad. Estamos, pues, ante la posibilidad de la *discivilización*. En tercer y último lugar, surgen aquellos procesos civilizatorios en los que el Estado no está presente alcanzándose niveles considerables de pacificación social y autocontrol sobre el comportamiento. El caso, por tanto, de la civilización sin Estado, ilustrado mediante el ejemplo de los Djuka.

3. EL AUTOCONTROL HOY: INFORMALIZACIÓN Y AUTOAYUDA

El proceso de la civilización, en su vertiente ‘microsociológica’, discurre en el sentido de un creciente autocontrol exhibido por el individuo en la regulación de su conducta y emocionalidad. Así lo afirmó Elias, no sin reconocer que podían existir coyunturas en las que ese grado de autocontrol se debilitase pesando sobre la

⁹ Véanse Goudsblom (1998:53-58), Spier (1998:258-262) y Van Krieken (1998:119-131) como síntesis de la crítica antropológica a la teoría del proceso de la civilización..

¹⁰ Otros casos análogos al de los Djuka pueden verse en García Martínez (2006:312-313).

persona más las coacciones externas que aquellas de tipo interno. Con todo, si adoptamos una perspectiva a largo plazo como la que asume el sociólogo alemán, sí es posible afirmar que con el devenir de los siglos, esos niveles de autocontrol se han ido incrementando. Sin embargo, tal afirmación entraría en contradicción con determinados fenómenos actuales que sugieren precisamente lo contrario, esto es, que esas pautas de autocontrol antes de fortalecerse, lo que tienden es a debilitarse. Una simple observación a nuestro alrededor confirmaría la fragilidad del autocontrol: la violencia manifiesta en películas y videojuegos, la presencia explícita del sexo en los medios de comunicación, el relato de la intimidad en los *talk-shows* televisivos, el botellón juvenil, las terapias de pareja también televisadas, la normalización del *top-less* playero o la extensión inexorable del tuteo serían, al cabo, ejemplos que confirmarían ese declinar de lo autocontrolado. Comportamientos antaño censurables que hoy se exhiben sin experimentar pudor o reparo y que contravendrían la idea del proceso civilizatorio como control progresivo de la conducta y la emocionalidad. Por ello, tales muestras de relajación en la conducta, que en teoría no habrían de tener cabida en el seno de sociedades pacificadas, civilizadas y con elevados niveles de interdependencia, demostrarían la incapacidad de la teoría del proceso civilizatorio para explicarlas. Sin embargo, fenómenos como los apuntados u otros análogos pueden ser analizados de manera satisfactoria con arreglo a la propia lógica del proceso civilizatorio. De esta manera accedemos al concepto de *informalización*, empleado en el estudio de esta clase de fenómenos y noción crucial en la caracterización del proceso de la civilización en la actualidad. Elias ya había hablado en *The Germans* (1996:21-119) de la escala formalidad/informalidad relativa al comportamiento que existe en toda sociedad; escala sometida a mutaciones conforme se modifican las estructuras sociales. Aún así, el tratamiento pormenorizado de la cuestión no le corresponde al sociólogo alemán sino a sus continuadores.

Por *informalización* se entiende un modelo de manejo de las emociones e impulsos otrora censurados que permiten a la persona su expresión sin vergüenza o temor a perder el control

sobre ellos (Wouters, 1986, 1998, 2001). De este modo, se superan patrones tradicionales de conducta y emocionalidad fundamentados en la contención, la discreción y la autocensura, amén de habilitarse dosificada y reflexivamente la expresión de conductas y emociones. Los procesos de *informalización* no invalidan la teoría del proceso civilizatorio: son antes una muestra de la sofisticación del mismo. Se accede de esta manera a un tipo de personalidad egodominada capaz de tener en cuenta las restricciones emocionales a las que ha de ceñirse al tiempo que las maneja reflexiva y calculadoramente; un tipo de autorregulación que combina firmeza y flexibilidad (Wouters, 1998:208-209). El desarrollo de una personalidad que se autorregula reflexivamente no comporta exclusivamente el dominio sobre los impulsos sino también la presencia de patrones de autocontrol flexibles con los que tener acceso a la expresión y satisfacción de emociones y deseos. Esa *informalización*, que usualmente el sentido común achaca a un exceso de permisividad social, es entendida como expresión de impulsos que regresan a escena tras caer bajo el anatema del silencio¹¹. Quizá ello pudiera transmitir la sensación de que estamos ante un comportamiento desordenado o falta de compostura, mas lo que parecería inicialmente una carencia de decoro o educación es factible leerlo en términos de control reflexivo: el individuo auto-administra conductas y emociones en un ejercicio continuo de, si se quiere, “*descontrol autocontrolado*”.

El proceso de *informalización* se desarrolla paralelamente a otra serie de dinámicas localizadas en el nivel ‘macrosociológico’. Por un lado, la integración social de estratos inferiores –en virtud del incremento de los niveles de interdependencia, especialización funcional y diferenciación social– posibilita unos contactos más continuados y abiertos entre grupos sociales. Del mismo modo se flexibilizan las posibles relaciones entre grupos sociales y condiciones psíquicas que tradicionalmente se habían asociado con los estratos inferiores de la sociedad. Se estaría hablando de la integración de las emociones o impulsos “*más bajos o animales*” Wouters (1998:200). Por otro lado, guarda también relación con el desarrollo del Estado de Bienestar. El modelo de bienestar occidental fue capaz de

¹¹ Concepto empleado por Elias para referirse a comportamientos y emociones recludas en la esfera de lo secreto puesto que su única mención ya resultaría desagradable en público. Véase Elias (1987:177-178; 221)

garantizar altos niveles de integración social gracias al aprovisionamiento que se dispensa a la ciudadanía en forma de servicios sanitarios, educativos, de transporte, subsidios o pensiones. En efecto, el Estado garantiza la paz y subsistencia material. Al tener necesidades como éstas cubiertas se crean las condiciones de posibilidad para que sean satisfechos nuevos deseos e impulsos. En consecuencia, el proceso de *informalización* permite a la persona “frecuentar” emociones o pulsiones censuradas sin que esto produzca temor alguno de abandonarse a ellas¹². En otras palabras, ocurre que la conciencia se torna más permeable a los impulsos y éstos, al tiempo, son permeados por la conciencia (Wouters, 1998:205).

La *informalización* nos sitúa sobre la pista de las transformaciones experimentadas por las sociedades contemporáneas en relación a las pasadas. Actualmente, no es posible identificar un centro de referencia inequívoco que monopolice las definiciones acerca de lo que es o no un comportamiento civilizado. Años o siglos atrás, según sea la amplitud de la mirada, tal centro de referencia podría ser señalado con mayor facilidad. En la Europa moderna, de acuerdo con Elias (1982), tendríamos la Corte absolutista y su formación social anexa, la sociedad cortesana. Quizá en el siglo XIX aludiríamos a la escuela como centro irradiador de civilización. Sin embargo, conforme nos acercamos al tiempo presente, encontramos más dificultades para hablar inequívocamente de tal centro de referencia. Hoy, los centros de referencia son múltiples y el individuo atiende a sus definiciones de lo que sea una conducta socialmente correcta de acuerdo con las circunstancias y contextos en los que se mueva. Como apunta Arditi (1999:36), existen etiquetas formales, de negocios, de ocio o familiares –entre otras muchas– que demandan conductas y personalidades aptas, alternativamente, para actos protocolarios y ceremoniales, para abrir y cerrar acuerdos comerciales, para el disfrute lúdico o para las relaciones con los allegados. El individuo habrá de tener en cuenta la etiqueta requerida para cada ocasión y para ello se aplicará en un quehacer reflexivo que le permita establecer el qué, cómo, cuándo y dónde en lo tocante a la expresión de conductas y emociones.

Pero el concepto de *informalización* puede problematizarse, fundamentalmente en lo que toca a su conexión con el Estado de Bienestar. Se sostiene que éste proporciona al individuo una seguridad institucional que posibilita la experimentación de nuevos comportamientos y sensaciones. No en vano, desde esta óptica, el Estado es el encargado de asegurar el pleno empleo, promover el crecimiento económico, garantizar un sistema de seguridad social, universalizar bienes como la sanidad o la educación o facilitar el acceso a la vivienda. A través de los impuestos y su redistribución y mediante la propia inversión estatal, el riesgo se socializa y neutraliza (Rose y Miller, 1992:192). Esta neutralización del riesgo junto a la cobertura estatal en seguridad vital conforma el contexto de la *informalización*; el marco para la experimentación conductual y emocional a la que antes aludía.

Mas el modelo que preconiza el Estado de Bienestar no ha estado exento de críticas. Desde los años noventa del siglo pasado, toda una batería de argumentos se le oponen y claman, bien por su drástica reforma, bien por un aligeramiento de sus competencias, bien por su definitiva desaparición. ¿Por qué?: se aduce que coarta la iniciativa individual, fomenta una cultura de dependencia, supone una traba para el desarrollo del libre mercado, es ineficiente o ineficaz, tiende irremediablemente a la crisis fiscal y despilfarra recursos públicos (Rose, 1997:30-31). En definitiva, el Estado de Bienestar, de acuerdo con las críticas, debiera “adelgazar” lo que a su vez pondría en entredicho los niveles de seguridad que prometía. Así pues, ¿cabría pensar que el retroceso del Estado de Bienestar trae consigo un retorno a formas de autocontrol más restrictivas y exigentes que las que dicta la *informalización*? ¿Se abandonaría, por tanto, esta modalidad de autocontrol reflexivo, flexible e individualizado para regresar a formulaciones más estrictas? La respuesta, desde luego, no es sencilla.

Cualquier caracterización del proceso civilizatorio en nuestra sociedad actual ha de tener presente que, si por un lado, el Estado funciona como dispositivo socializador de riesgos y, en consecuencia, como proveedor de bienestar; por otro, está sometido a medidas e iniciativas críticas en pro de la reducción de sus coberturas a los

¹² Señala Wouters (1998:205): “Así como la conducta y las relaciones entre los grupos sociales llegan a ser menos rígidas y jerárquicas, lo mismo sucede en las relaciones entre las funciones psíquicas, y al mismo tiempo surge un espectro más diferenciado de alternativas y conexiones más fluidas y flexibles entre grupos sociales y funciones psíquicas”.

ciudadanos. En terminología foucaltiana, la racionalidad política que subyace al Estado de Bienestar es de tipo *welfarista* –dominante entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de los años noventa– y hace hincapié en la dimensión reguladora, planificadora y previsor del Estado (Gordon, 1991; Marinis, 1999). A ella se le opone una racionalidad *neoliberal* que apuesta por economizar el ejercicio del poder pretendiendo que el individuo aplique la mayor cantidad de energía posible a su autogobierno (Burchell, 1993:289). Si el Estado de Bienestar conjura el riesgo ofreciendo programas de seguridad social en tanto lo considera susceptible de ser desactivado, para la racionalidad neoliberal, la lectura es substancialmente distinta: el riesgo es posibilidad de generar riqueza, estímulo para la innovación, fomento de la acción individual y fundamento de la responsabilidad personal como medio para enfrentar la incertidumbre. En este punto, el individuo ha de ejercitarse en la provisión de aquellos recursos que garanticen su seguridad vital acudiendo para ello a un mercado que le provee de cuanto necesita: sistemas de vigilancia privada, asesoramiento legal personalizado, productos dietéticos para cuidar la salud, cursos de especialización y reciclaje profesional o planes privados de pensiones. Y, por qué no, libros de autoayuda. La literatura de autoayuda permite la confección de programas de regulación conductual y emocional fundamentados en la acción terapéutica que el individuo desarrolla sobre sí mismo. Se apoya en un ejercicio de responsabilidad individual que despliega la persona en pos de su propia seguridad anímica. Y para ello, efectúa un llamamiento al autocontrol, aunque nunca en sentido represivo. Ese autocontrol que postula la autoayuda es antes autoadministración selectiva de conductas y emociones; es activación individual y escogida de comportamientos y afectos (Ampudia, 2006). Los programas de gestión emocional y conductual que diseña la literatura de autoayuda se desarrollan en consonancia con los postulados de la racionalidad neoliberal. De esta forma, el arquetipo humano que viene a definirse es el de un individuo que se hace cargo de sí, que administra su autonomía, que se hace responsable de su cuidado y seguridad privatizando la gestión de su proyecto de vida¹³. Empero, ambas racionalidades políticas –la *welfarista* y la

neoliberal– coexisten en la actualidad y, en consecuencia, constituyen la base social tanto para comportamientos y emociones informalizados, como para la versión de los mismos en clave de autoayuda. Si la *informalización* se explica, en parte, por la constitución de un modelo de Estado de Bienestar, la autoayuda respondería precisamente a la tendencia opuesta, es decir, a la progresiva desactivación de tal modelo. Sendas tendencias se manifiestan en tensión y, paradójicamente, arrojan resultados similares en el terreno de la conducta y los afectos: la necesidad de ejercer un autocontrol reflexivo sobre el comportamiento y los sentimientos. Que la *informalización* y la autoayuda se expliquen a partir de orígenes distintos no las hace necesariamente excluyentes. Al contrario, entiendo que se comportan como elementos complementarios.

La *informalización* alude a la capacidad de activar conductas y emociones que fueron objeto de censura en tiempos pasados pero que se experimentan sin que exista el riesgo de abandonarse a un descontrol emocional y conductual. Como ya apunté, esta suerte de “*descontrol autocontrolado*” permite que la persona compartimente en tiempos y espacios concretos emociones y acciones controvertidas, problemáticas o condenables y que de ese modo, no se extiendan a la totalidad de la conducta individual. Esos compartimentos son los que establece el individuo en virtud del control reflexivo que sobre sí ejerce. Mas si puede abandonarse selectiva y temporalmente al descontrol es en parte debido a la cobertura en seguridad que le proporciona el Estado. A ojos de la literatura de autoayuda, esa seguridad vital que oferta el Estado y que ampara a la conducta informal tendría que ser sustituida por una seguridad que no dependa de agencias externas al individuo. Ha de ser la persona quien genere condiciones de seguridad para sí. Parte de esa seguridad es, sin duda, la anímica y para ello se surte de manuales de autoayuda: para dotarse de los rudimentos necesarios que le hagan dueño de su conducta y emociones, para erigirse en el mejor gestor de sí mismo, para ser la única voz experta en que lo atañe a su subjetividad. Y en tanto ‘autogobernante’, ‘autogestor’ y ‘autoexperto’, se permitirá según lugares y ocasiones, la expresión de emociones y pulsiones para optar por su no manifestación cuando lo

¹³ Para una interpretación convergente, véase Rimke (2000).

estime conveniente. El autocontrol reflexivo que habilita comportamientos informalizados y la autoadministración selectiva que postula la literatura de autoayuda convergen en la consideración de la psique individual como ámbito prioritario para una caracterización del proceso civilizatorio. Las diferencias entre una comprensión del proceso de la civilización en términos de *informalización* o en clave de autoayuda no radican en el tipo de autocontrol individual que dibujan. En los dos casos, éste se compone de reflexividad, de selección individualizada de emociones y conductas, de activación controlada de afectos y pulsiones. Nada que se corresponda con una pretendida *anestesia de los impulsos* como consecuencia definitiva del proceso de la civilización (Elias, 1987:460). Las diferencias estriban en la consideración que hagamos del papel del Estado, ora como proveedor de seguridad vital, ora como entidad que reduce esos niveles de seguridad en favor de la provisión privada de los mismos. Las divergencias afloran en el nivel de la explicación, en la tendencia que se desee enfatizar o, en otras palabras, en la valoración acerca de la fortaleza o debilidad del Estado de Bienestar. A la espera de futuros análisis, lo que sí parece confirmar esta especulación sobre el protagonismo del Estado en la fase actual del proceso civilizatorio es que nos movemos en terrenos poblados de paradojas. Fundamentalmente, porque ya enfatizamos la importancia de la cobertura estatal en seguridad como trasfondo de la *informalización* o restemos transcendencia a la misma acentuando la impronta de una racionalidad neoliberal beligerante con dicha cobertura, lo que se detecta en el ámbito de la conducta y las emociones es la relación de sendas tendencias con un mismo tipo de autocontrol. Lo paradójico es precisamente eso, que de dos diagnósticos contrarios acerca de la vigencia y viabilidad de un modelo de Estado, se deduzcan consecuencias análogas para la conducta y emocio-

nalidad individuales. No deja de ser ésta una paradoja aquí formulada precaria y provisionalmente. Se hace necesario un mayor grado de concreción. Mas dicha paradoja sí que puede contribuir a la comprensión del carácter no planeado del proceso civilizatorio Y tal circunstancia nos conduce a constatar de nuevo como la materia del proceso de la civilización está hecha de una multiplicidad inabarcable de acciones individuales y grupales que alumbra resultados que no responden a ninguna intencionalidad consciente sin que por ello pueda dejar de advertirse la dirección en la que camina, que no es otra que el autocontrol, con sus sofisticaciones, matices y peculiaridades.

II. UNA POSIBILIDAD PRÁCTICA: ESPAÑA (1931-1975)

Hasta aquí, mi exposición se ha movido en un terreno esencialmente teórico. Llega el momento de intentar una aplicación práctica de los conceptos que se han venido manejando para testar su capacidad explicativa. Para ello propongo una posible lectura en clave eliasiana del siglo veinte español, concretamente, del periodo histórico que comprenden la II República, la Guerra Civil y el franquismo. Necesariamente se trata de una lectura tentativa y sintética que necesitaría de complementos. No obstante, el periodo al que me refiero parece contar, *a priori*, con suficientes elementos relativos a cuestiones ya abordadas —el papel del Estado, las relaciones entre grupos sociales, la pacificación del espacio social...— que lo convierten en un atractivo objeto de estudio¹⁴.

El periodo republicano (1931-1936) encarna paradigmáticamente un acortamiento de la distancia social entre grupos y un reequilibrio en los balances de poder inédito hasta ese momento en la historia de España¹⁵. Esto se debe al

¹⁴ Al tratarse de una aproximación a la cuestión, ésta habrá de ser necesariamente comprimida, no siendo posible la concreción que requeriría un estudio pormenorizado de dicho periodo histórico. Se ofrecen en notas a pie de página testimonios directos de personas que vivieron de primera mano los hechos que se abordan. Para ello, he recurrido preferentemente al magnífico libro de Ronald Fraser (2007), que desde la óptica de la historia oral, estudia la Guerra Civil y sus prolegómenos privilegiando la visión del personaje anónimo y cotidiano frente a las declaraciones de estadistas y líderes políticos. En todo caso, se procura reenviar a las fuentes originales para que el lector pueda ampliar la información que proporcione.

¹⁵ Ejemplos paradigmáticos de distancia social y desequilibrio de poderes van a encontrarse frecuentemente en el mundo rural. Se adivinan en las actitudes de terratenientes latifundistas ante el trabajador agrícola tenido como objeto en propiedad al que es posible reprimir, llegado el caso, recurriendo a las maneras del ejército español en África durante la Guerra de Marruecos. De esta forma se pudo establecer una analogía entre los trabajadores del campo y las tribus marroquíes haciendo de braceros y jornaleros la nueva raza colonial sometida. Para un tratamiento más amplio, véase Preston (2005).

protagonismo alcanzado por determinados sectores de la población —clases medias urbanas y clases trabajadoras— otrora relegados o excluidos del sistema de representación y participación políticas (Juliá, 2006). Ambas tendencias conviven con unos constatables niveles de desidentificación social. Esta desidentificación se relaciona con el temor a la pérdida de identidad por parte de aquellos grupos —latifundistas, burguesía industrial y financiera, burguesía conservadora de provincias, iglesia y sectores del ejército— que se entienden relegados ante los cambios sociales que se van produciendo; cambios que llegarán a ser entendidos en clave de amenaza revolucionaria y subversión del *statu quo* (Aróstegui, 2006:222)¹⁶. Del mismo modo, los grupos ascendentes asumirán las resistencias de éstos en clave contrarrevolucionaria¹⁷. La desidentificación mutua contribuirá a que resulte dificultoso desarrollar pautas de conducta y emocionalidad moderadas y negociadoras, lo que abre las puertas para que divergencias y tensiones se expresen recurriendo a la violencia (González Calleja, 2005:102)¹⁸.

Aunque ésta se manifiesta con más o menos claridad según el momento que se considere dentro del periodo republicano, sí puede hablarse de ciertas constantes en lo que toca a su presencia en la vida social. Constante es la proliferación de un lenguaje y una simbología violentos: el vocabulario de los partidos se vigoriza y es recurrente el uso de vocablos de corte pseudobélico-intimidatorio (‘movilización’, ‘desfile’, ‘concentración’, ‘jefe’, ‘contienda’). Estos mismos partidos elaborarán en algún momento

de su trayectoria un repertorio de actuaciones encaminadas a imponer su programa social, político, cultural y económico apelando abiertamente desde tribunas públicas a la necesidad de la acción armada o justificando su empleo.¹⁹ Tanto lenguaje como simbología se enarbolan desde los partidos y sindicatos obreros frente a una derecha política tildada de ‘fascista’ y a su vez, desde esa derecha, ora de forma alternadamente ofensiva o defensiva frente a la “revolución”, ora como obstáculo y llamamiento a la desobediencia civil frente a las reformas del gobierno. También se hace presente un clima y una cultura de confrontación que se concreta en la prensa y la elección interesada de aquellos fragmentos especialmente exaltados en las intervenciones de las figuras políticas; la magnificación de los problemas de orden público con su correspondiente petición de reconducción autoritaria o la ocupación de la calle como medio de intimidación del adversario.²⁰ Y constante será también el incremento de la movilización política. En este terreno, destaca la incorporación de los jóvenes como nuevos militantes de organizaciones y partidos; nuevos militantes que las más de las veces poseen un deficiente nivel de socialización en pautas democráticas. Se esboza un modelo de participación política emocionalmente comprometida siempre más proclive a la asunción de jerarquías, al realce de la obediencia, la insistencia en la ortodoxia, la deriva al dogmatismo y el recurso al liderazgo carismático²¹.

La violencia se localiza físicamente en los centros de enseñanza media²² y superior, en la

¹⁶ Testimonios de la ansiedad y temor que despierta el despliegue del sindicalismo, el “contagio” comunista o la amenaza de la revolución proletaria pueden verse en Rey (1997) y Cruz, (2006:192).

¹⁷ En general, véase Cruz (2006:192 y ss.) para la trascendencia de los efectos performativos del lenguaje en el desarrollo de conflictos sociales.

¹⁸ Véase González Calleja (1998) para una periodización de la violencia política entre 1931 y 1936.

¹⁹ Sirva como muestra el siguiente fragmento perteneciente al editorial del diario ABC (Sevilla, 4 de Marzo de 1936): “*La calle es la que manda. Ahora sí que puede decirse que España se ha echado a la calle... Todos los días una manifestación. Y a gritar todos los gritos que se quieran... ¡Viva esto! ¡Viva lo otro! Pero ¿qué significan esos vivas? Todo el que tiene el oído del alma bien despierto comprende que, al gritar ¡viva!, la multitud quiere decir ¡muera! Muerte para el adversario, ultraje y persecución para el contrincante*”. Citado en Fraser (2007:43).

²⁰ González Calleja (1998) aporta ejemplos de movilizaciones que pretenden la intimidación implícita o explícita del adversario político a través de la ocupación del espacio público: la concentración de la JAP (Juventudes de Acción Popular) en El Escorial en abril de 1934, los eventos religioso-patrióticos carlistas, el desfile de *escamots* en Montjuïc el 22 de octubre de 1933 y de las milicias de la Federación de Juventudes Socialistas (FJS) y la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) en el Estadio Metropolitano el 14 de septiembre de 1934 así como las habituales reuniones campestres de Falange.

²¹ Véase Souto (2001) para un acercamiento a las relaciones entre juventud y movilización política en el periodo republicano.

²² Pedro García, hijo de veterinario, recuerda como la desidentificación entre grupos sociales alcanzaba a todos: “*La tensión nos afectaba incluso a los niños. Los Pioneros, que así se llamaba la organización juvenil socialista, nos aterrizaraban en la escuela. Nos llamaban hijos de parásitos (la palabra ‘fascista’ aún no estaba de moda), los señoritos que comían chuletas. Había un abismo insalvable entre ‘ellos’ y ‘nosotros’, entre los que comíamos chuletas y los que no podían permitirse semejante lujo...*” Cfr. Fraser (2007:109).

calle²³, en los barrios²⁴, en la explotación agrícola²⁵, en el taller, el almacén, la fábrica²⁶ o la oficina. Estamos ante hechos como la ocupación campesina de tierras, la proliferación de huelgas resueltas abruptamente, la quema de iglesias y conventos o el pistolero callejero. Con frecuencia se ha descrito el periodo republicano como una etapa atravesada por el conflicto y su traducción material en hechos espectacularmente violentos que a la par serían trasunto de la inestabilidad y el desorden. Pueden arbitrarse medidas objetivas de esa violencia²⁷ que necesariamente habrá que poner en relación con el contexto y el clima social en el que se insertan. Interesa aquí tanto la objetividad de las cifras como la percepción que de la violencia asociada a valoraciones en torno al nivel de orden puedan efectuar diferentes grupos así como la capacidad de hacer verosímiles tales valoraciones. Desde febrero de 1936, especialmente durante la primavera, es indudable que la percepción de la violencia y sus consecuencias en términos valorativos —expresadas mediante términos como ‘caos’, ‘anarquía’, ‘agitación’ o ‘situación de pre-guerra’²⁸— se agudiza en determinados grupos sociales —grandes propietarios de tierras, burguesía financiera e industrial— que la juzgan insostenible e inaceptable alzándose las voces que reclaman la intervención del ejército para corregir la errática trayectoria de la sociedad²⁹. A la vez, el llamamiento al ejército

alerta a los trabajadores, a sus sindicatos y partidos en lo que es tenido como preparación de una ofensiva contrarrevolucionaria.

Junto a la creciente tensión social, pueden advertirse distintos movimientos que desafían el monopolio estatal sobre la violencia. El monopolio se cuestiona en un doble frente, interno y externo. Interno, porque desde el instrumento básico para su defensa y mantenimiento, el ejército, existirán pronunciamientos militares contra el gobierno del Estado (la “Sanjurjada” de agosto de 1932 y el llamado “Alzamiento” del 18 de julio de 1936 ilustran el *ethos* levantisco del estamento militar). Y externo, porque organizaciones políticas y sindicales de la izquierda obrera tratarán de desbordar el monopolio recurriendo a la fórmula de la insurrección civil y la huelga revolucionaria (intentonas anarquistas de enero de 1932, enero y diciembre de 1933 o la Revolución de Asturias de 1934). El monopolio sufre un doble envite que, con todo, resulta especialmente problemático cuando es de orden interno (Reig Tapia 2006:99-106). No en vano, el ejército posee armas, infraestructura y adiestramiento cuantitativo y cualitativamente superiores a los de cualquier otro grupo social.

Las dinámicas de desidentificación y exclusión entre grupos, el doble desafío a la estabilidad del monopolio estatal y la creciente admisión de la violencia como medio de relación social representan una notable caída de los

²³ Juan Crespo, estudiante de orientación monárquica y simpatizante de Falange, rememora una manifestación en Salamanca en la que un amigo suyo, falangista, respondió a una mujer que le increpaba (“*Viva Rusia, fascista*”) con un “*Viva España, puta*”: “*Se nos echaron todas encima y empezaron a golpearnos hasta que empezamos a echar sangre por la nariz y las orejas*”. Cfr. Fraser (2007:120).

²⁴ Narciso Julián, ferroviario y del Partido Comunista, recuerda como en la primavera de 1936 “[...] *los pistoleros de Falange estaban en la calle, asesinando a policías bien conocidos por su republicanismo*”. Cfr. Fraser (2007:62)

²⁵ El testimonio de Alberto Pastor —recogido en Fraser (2007:101-105), campesino castellano y miembro de Falange, muestra como desde la llegada de la República la situación en el campo se tornó progresivamente inestable con amenazas de muerte de los jornaleros a capataces y propietarios de explotaciones agrícolas. Explica cómo desde entonces siempre iba provisto de una pistola y cómo fue protegido de un linchamiento casi seguro por parte de esos mismos jornaleros gracias a la Guardia Civil.

²⁶ Juan Moreno, jornalero y afiliado a la CNT, natural de Castro del Río (Córdoba) declara: “*Odiábamos a la burguesía, que nos trataba como animales. Los burgueses eran nuestros peores enemigos. Cuando les mirábamos creíamos estar viendo al mismo diablo. Y lo mismo pensaban ellos de nosotros. Había odio entre nosotros, un odio tan grande que no hubiese podido ser peor. [...] queríamos que ellos nos pagasen un jornal decente y que nos tratasen como a seres humanos, con respeto. Sólo había una forma de conseguirlo: luchando como ellos...*” Cfr. Fraser (2007:115).

²⁷ Avilés (2006: 418) recoge los siguientes datos de fallecidos a resultas de la violencia política: 76 muertos entre abril y diciembre de 1931; 102 en 1932; 205 en 1933; 27 en 1934; 45 en 1935 y 270 entre enero y julio de 1936. Cruz (2006:167) cifra en 262 los fallecidos en este último periodo. A los muertos de 1934 podrían añadirse las víctimas relacionadas con la Revolución de Asturias: 1196 muertos según fuentes oficiales de la época o en torno a mil quinientos de acuerdo con Avilés Ferré.

²⁸ El hijo de un maestro liberal cordobés sintetiza esta sensación en pocas palabras aludiendo a la equiparación entre ‘desorden’ y ‘república’: “*Palabra tan infame entre las clases medias que a cualquier deorden o confusión se le denominaba sin más ‘una república’*”. Fraser (2007:116)

²⁹ Ejemplo de estas valoraciones las hallamos en Mario Ozcoidi, funcionario y carlista, cuando apunta: “*Ni las cuestiones políticas, ni las económicas, ni las dinásticas tenían peso suficiente para justificar el comienzo de una guerra. La ley y el orden, la unidad de la patria, la amenaza de una insurrección comunista (que debía tener lugar una quincena más tarde, yo había visto los planes) eran los factores*”. Cfr. Fraser (2007:78).

estándares civilizados. No significa por ello que una sociedad quede abocada causal y necesariamente al desencadenamiento de una guerra civil, aunque desde luego, tal caída sí genera sus condiciones de posibilidad³⁰. La causa inmediata del conflicto bélico (1936-1939) es una insurrección militar parcialmente secundada que a su vez desencadena una superación del monopolio estatal por parte de poderes autónomos obrero-revolucionarios. La insurrección militar se justifica como remedio frente al desorden social y prevención ante una inminente revolución protagonizada por socialistas, comunistas y anarquistas³¹. Mas la guerra no termina necesariamente cuando las armas callan: ésta permanece, desde luego, como memoria en quienes se han visto directamente involucrados y, ante todo, persiste porque el naciente Estado encuentra en ella su legitimidad fundadora (Aguilar, 1996:114) y el argumento que justifica el orden social, cultural, político, jurídico y económico post-bélico. Será el Nuevo Estado quien dé continuidad de forma expresa e intencional al momento descivilizatorio vivido durante la contienda. Y lo hará de diversos modos: a) utilizando represiva y simbólicamente la violencia para consolidar el orden social tras la victoria y desactivar cualquier tipo de oposición que pudiera presentarse³². La violencia se dirige prioritariamente a aquellas capas de la población que se

suponen partidarias de la República, combatientes de tal bando o cualquier sospechoso de apoyar políticas de izquierda en sus más variadas modalidades. En este aspecto, la acción del Estado resulta específicamente descivilizatoria puesto que la violencia se ejecuta en pos de la integración de la sociedad siendo para ello necesarias la eliminación y marginación de cuantos se perfilan teóricamente como enemigos del régimen; b) definiendo un discurso único e incontestable sobre el pasado y el presente del país que incluye un relato unívoco y justificador del origen, desarrollo y causas de la guerra (Aróstegui, 1989); c) imponiendo mediante múltiples instrumentos de adoctrinamiento y encuadramiento un modelo específicamente excluyente de identidad nacional (Tuñón de Lara, 1992, Lleixá, 1992); d) irradiando sobre la sociedad un abanico de valores castrenses —un *ethos* guerrero— que se proyecta sobre las relaciones sociales y e) institucionalizando el aislamiento como principio político, económico, cultural y mental (Richards, 1999).

El par ‘vencedor/vencido’ sintetiza en sí mismo mucho de las tendencias des-civilizatorias que presiden la posguerra y que, en importante medida, van a mantenerse vigentes al menos durante los primeros quince o veinte años de la dictadura³³. El espacio social se pacifica conforme el Nuevo Estado estabiliza su monopolio

³⁰ Un testimonio extraordinariamente lúcido del tipo de mentalidad que se había extendido en el seno de la sociedad española al calor de la tensión social lo proporciona Paulino Aguirre, estudiante de artes liberales en la universidad e hijo de un político monárquico: “*La idea de que era necesario matar, destruir para defenderse, la expresaban constantemente personas normales de ambos bandos. Era una idea nacida del tipo de mentalidad que se niega al diálogo y al compromiso. La violencia verbal era un hecho social. Sin embargo, a la mayoría se le antojaba inconcebible que debiera cruzarse la barrera entre las palabras y los actos. Cuando una pequeña mayoría (sic) lo hizo, cuando se pusieron en práctica cosas que se habían dicho, surgió una situación nueva. La violencia verbal prefiguró una guerra que en general no se esperaba, condicionó su estallido, incluso lo precipitó...*” Cfr. Fraser (2007:92). En este mismo sentido, se expresa el Padre Alejandro Martínez, cuando a raíz del asesinato de Calvo Sotelo, refiere el siguiente hecho: “*Un transeúnte se me acercó cuando me dirigía a dar clase en el seminario. ‘¿Han hecho bien en matarle’, diga usted lo que quiera, ¿Deberían matar a toda la derecha!’*” Cfr. Fraser (2007:126).

³¹ La sombra de la revolución socialista cerniéndose sobre España queda bien reflejada en el siguiente fragmento del diario monárquico *La Nación* (15 de febrero de 1936): “*Toda esta riqueza de 300.000 millones de pesetas, de la fortuna de España, se nacionalizaría sería incautada o destruida por el comunismo soviético. Todo el mundo se quedaría en la calle, sin más ropa que la puesta, de no perder también la vida. [...] ¡Españoles, si tenéis un adarme de buen sentido, si tenéis un átomo de instinto de conservación, votad con férrea disciplina las candidaturas del frente antirrevolucionario*” (Fraser, 2007:95). Más tarde, el diario *Defensor de Córdoba* (20 de julio de 1936) recoge sintéticamente el motivo de la insurrección: “*¡Alea jacta est! El ejército se alza contra el gobierno del Frente Popular. Declara que su programa es salvar a España de la anarquía. El general Franco jefe militar del movimiento*”. Fraser (2007:131)

³² La articulación legal del Nuevo Estado en el ámbito de la represión puede seguirse en Aróstegui (1990:241 y ss.). Si consideramos la represión desde una óptica exclusivamente física que presupone la eliminación por muerte de personas, las cifras que objetivamente se manejan en la actualidad a partir de la agregación de estudios locales y provinciales y las razonables extrapolaciones que pueden realizarse a falta de datos de zonas aún por estudiar sitúan la cantidad de fallecidos en una horquilla que se mueve entre los 130.000 y los 150.000 individuos entre 1936 y 1975. Para un tratamiento pormenorizado de esta cuestión véase el apéndice en Moreno (1999). Para la presencia de la violencia en las ceremonias públicas del franquismo, véase Febo (2002)

³³ El ‘vencedor’ es siempre ejemplo de superioridad moral además de representar lo auténticamente español. La validez de los argumentos autojustificativos en su condición de ‘vencedor’ viene avalada por el relato histórico unilateral y restrictivo proporcionado por el Estado. Su sacrificio es compensado por parte del Estado mediante el derecho a pensiones de guerra y viudedad o la prioridad otorgada en el acceso a puestos públicos a ex-combatientes o parientes de militares. El ‘vencido’ es el no-español, judaizante, marxista y masón; el

sobre la fuerza. Mas el hecho de concebir su acción de gobierno desde una óptica disciplinaria y represiva le obliga a recurrir de forma efectiva o como amenaza a la propia violencia. Conductas y mentalidades de los gobernados no han de asentarse tanto en pautas de autocontrol interiorizadas como en la coacción externa o el castigo que se anuncia sobre el individuo como garantía de comportamientos acordes al nuevo orden. Una vez que la violencia estatal se encuentra presente y es reconocible en la vida pública, mayores serán las probabilidades de que las actuaciones individuales se guíen, en último extremo, por el temor a la sanción física. Nos encontramos ante niveles de integración social bajos toda vez se ha generado un nuevo equilibrio en el balance de poder que esta vez otorga prioridad a cuantos se adscriben al grupo de los ‘vencedores’: las distancias entre grupos aumentan como consecuencia lógica de la distinción que discrimina al ‘vencedor’ y el ‘vencido’ (Cazorla Sánchez, 2000:239). Las relaciones sociales expuestas al efecto irradiador de lo bélico y lo militar no están lejos de una lógica que supone la necesaria existencia de ‘dominadores’ y ‘dominados’ con lo que ello implica en términos de conducta y mentalidad individuales: defensa a ultranza de las jerarquías, comportamientos autoritarios y rigurosidad formal en las interacciones personales. La estructura de la personalidad podrá moldearse conforme a parámetros autocráticos y aquello que en el orden social democrático se fundamenta en la persuasión o en la convicción del discrepante

aquí se comprende como imposición y negación de la disidencia. Por todo ello, la sociedad española, durante los tres o cuatro primeros lustros que siguen a la guerra, presenta condiciones que dificultan sobremanera la integración social, que reducen los niveles de interdependencia³⁴ y que impiden la identificación mutua entre individuos y grupos.

Transcurridos esos primeros quince/veinte años, se dibujan nuevas tendencias que marcan la evolución de la sociedad hasta el final de la dictadura. El Estado favorece un proceso de liberalización económica que genera un incremento de los niveles de bienestar material de la población³⁵. La autarquía como principio rector de la economía queda atrás y la morfología del Estado varía racionalizando burocráticamente su funcionamiento³⁶. Se procura una nueva vía de legitimidad basada en el ejercicio (Aguilar, 1996:70-71) y en las realizaciones prácticas sin que ello signifique renunciar a la legitimidad original fundada en la victoria. El Estado emerge como garante de la paz, el orden y la prosperidad y aunque, como digo, no se olvide la victoria, lo cierto es que fía su mantenimiento a un franquismo sociológico expresado en la despolitización de la ciudadanía, la aceptación pasiva del régimen, el reconocimiento de sus logros materiales y la mejora del nivel de vida. Con todo, el Estado mantendrá, en mayor o menor medida, una actuación discivilizada aplicando selectivamente la violencia contra los etiquetados como “disidentes” o “subversivos”. Frente a esta actuación discivilizada se abren enclaves de civilización.

representante de la barbarie atea exponente de la degeneración racial y ética avalada a su vez por el discurso médico-psiquiátrico del franquismo. Inferior en calidad humana y moral, su conducta y mente se ligan al resentimiento y las bajas pasiones. En boca de los ‘vencedores’ son los “rojos”, “la escoria”, “la horda”, el populacho” o “la chusma”. Para ampliar estas cuestiones, véase Richards (1999:60-70)

³⁴ En el caso de la interdependencia económica los resultados desintegradores resultan especialmente visibles: al vacío demográfico provocado por la guerra se le unieron la miseria, el hambre, el racionamiento, pérdidas considerables en el tejido industrial y comercial, la reagrarización de la economía, una desconexión entre mundo rural-mundo urbano y una simplificación de la división social del trabajo. El estraperlo o mercado negro preside la vida cotidiana de posguerra. El estraperlista aparece como tipo humano del momento, enriquecido en connivencia con la corrupción de funcionarios estatales y encarnando el clima de laxitud en lo que se refiere al cumplimiento de la ley. Se advierte con claridad el contraste entre la retórica estatal y las prácticas cotidianas, apegadas directamente a unas deficientes condiciones materiales de vida de las que algunos sacan provecho evidente. La disociación entre el discurso oficial que hace de España una tierra de “pan y trabajo” y la palpable realidad da forma a una suerte de anomia social en la que el sentido de las normas resulta distorsionado, ignorado y relativizado. Para profundizar en el tono de vida de la posguerra desde la óptica de la autarquía como principio rector de la sociedad, véase Richards (1999:20-175).

³⁵ El nivel de salarios reales de la década de los 30 no fue alcanzado de nuevo hasta 1950. El ritmo medio de crecimiento interanual de la renta por habitante es del 1.1% entre 1900 y 1935, de -0.9% entre 1935 y 1950 y del 6.7% entre 1950 y 1973. De acuerdo con García Delgado (2000:116-117): “*La modernización económica y social en la España del siglo XX, en suma, no tiene su arranque en el franquismo como tampoco su logro [...] se puede confundir con el fuerte crecimiento de los años 50, 60 y primeros 70*”. En Juliá (2000:66-73) hallamos una interpretación similar: la sociedad española había comenzado su proceso de modernización durante el primer tercio del siglo XX, el cual sufrirá una interrupción entre 1936 y aproximadamente 1950.

³⁶ En Moya (1994) se encuentra un análisis de la inevitable rutinización del carisma nacido de la victoria de acuerdo con aplicaciones crecientes de racionalidad en la burocratización del Estado.

Esos enclaves se relacionan con una memoria de la guerra, que ya no es de vivencia directa en las generaciones que nacen tras la contienda. Hijos de ‘vencedores’ y ‘vencidos’ compartirán espacios –universidades, por ejemplo– incrementándose sus niveles de interacción e identificación recíproca³⁷. Añádase a esto que actores sociales como la Iglesia o la clase trabajadora –enemigos de clase durante la Guerra Civil y el primer franquismo– acercan posiciones o incluso colaboran estrechamente en las periferias de las grandes ciudades (Juliá, 1990). Tampoco es igual el nivel de aislamiento que antaño y así, la sociedad acusa la influencia exterior en forma de turismo, modas y consumo. Las novedades que llegan y se manifiestan en forma de conductas y modalidades de expresión emocional inéditas –sin que a la vez falten los diagnósticos que hablan de debilitamiento de valores, exceso de permisividad o ausencia de disciplina³⁸– coinciden con el desarrollo gradual de un Estado del Bienestar, circunstancia que permitiría examinar las tendencias informalizadoras que se advierten en la sociedad española desde los años sesenta. Lo que pretendo señalar es que se detectan tendencias que repercuten en mayores niveles de integración social, interdependencia y complejidad propias, por otra parte, de una sociedad mesocrática y de crecientes capas medias.

Hasta el momento se ha trazado un recorrido que privilegia el nivel ‘macrosociológico’ de análisis y que apunta las tendencias globales presentes en la evolución de la sociedad española. El complemento necesario pasa por la consideración del nivel ‘microsociológico’ que, en este caso, se centraría en el modelo de comportamiento y emocionalidad relacionado con esas tendencias. No quiero dar por cerrada esta exposición sin aventurar algunas hipótesis de trabajo en este sentido. Entiendo que el arquetipo de comportamiento y emocionalidad que es propugnado durante el periodo franquista ha de tratarse de un modelo básicamente heterocontrolado y por ello, basado en el gobierno disciplinario de la conducta y los

afectos, fundamentado en coacciones externas como el castigo, la amenaza de la fuerza física, la autoridad y el pecado. Me baso para ello en las características generales que presenta el orden social surgido tras la guerra e impuesto por el régimen dictatorial. En cierto sentido, cabrá referirse a este modelo como pretensión de alumbrar un prototipo de ser humano acorde con las directrices estatales. En tanto modelo heterocontrolado, su persistencia dependerá en gran medida de la presencia continuada de aquellas coacciones. El autocontrol civilizado no encuentra un origen claro en la acción del Estado sino en las dinámicas sociales de integración, interdependencia e interacciones crecientes entre individuos que se detectan desde la segunda mitad de los años cincuenta y son palpables desde los sesenta. Lo que se pretende poner de manifiesto es que la adopción de pautas civilizadas de conducta y emocionalidad no depende globalmente de la acción estatal. Hasta el último momento, el Estado exhibió “maneras discivilizadas” recurriendo a la guerra y la victoria como argumentos, reprimiendo la disidencia, advirtiendo el riesgo del ‘enemigo interior’, negando voces alternativas y eliminando la posibilidad de dirimir el conflicto mediante la confrontación estrictamente democrática. La adopción de esas pautas responde a fenómenos propios de la modernización de la sociedad, a su progresiva integración, a la interacción que aumenta entre individuos, a la necesidad de que éstos ajusten su comportamiento a un número cada vez mayor de contactos. Indagar en los modelos de conducta y emocionalidad requerirá adentrarse en aquellas fuentes que pueden proporcionar datos acerca de los mismos, esto es, manuales de urbanidad y buenas maneras publicados a lo largo de la dictadura. De esta forma, podremos observar cuál es la relación existente entre los cambios generales que experimenta la sociedad en su conjunto y las variaciones que se detectan en las pautas prescritas acerca del comportamiento.

³⁷ Ejemplos de la recusación universitaria del relato estatal en torno a la guerra, sus causas y consecuencias así como del acercamiento entre hijos de ‘vencedores’ y ‘vencidos’ pueden verse en Juliá (2004:437-462).

³⁸ Sirva como muestra el siguiente fragmento de la Carta Pastoral del Obispo de Bilbao Pablo Gúrpide, aparecida en junio de 1964: “*El mayor estrago en los adolescentes y jóvenes lo causa la política de apertura hoy vigente [...] ¿Adónde caminamos por vías tan abiertas a la inmoralidad en los espectáculos, especialmente en el cine? Sin alardear de profeta, nos atrevemos a afirmar que, por estos caminos de inmoralidad, llegaremos más pronto o más tarde a las metas y a las mismas situaciones pasadas, que reclamaríamos nuevo la puesta en marcha del bisturí potente, que saje el tumor canceroso de la nación*”. Citado en Alonso (1977:154)

CONCLUSIÓN

Existen diferentes líneas de investigación abiertas a raíz de la teoría del proceso civilizatorio protagonizadas por lo que Stephen Mennell llama, informalmente, la “familia de la sociología figuracional”. Y aquellas, en gran medida, se articulan alrededor de las nociones de *descivilización*, *discivilización* e *informalización*. Las dos primeras surgen como resultado de los análisis acerca de las relaciones entre estándares sociales civilizados y el factor ‘violencia’. La tercera aparece como medio para caracterizar ciertos aspectos del proceso de la civilización en la actualidad. Todas, en general, responden a las críticas dirigidas contra la teoría del proceso civilizatorio, bien desde posiciones que hacen hincapié en las grandes tragedias humanas del siglo XX como hechos desacreditadores de la teoría, bien desde observaciones que cuestionan la solidez del autocontrol en nuestra sociedad.

Frente a los cargos, cada uno de estos conceptos esgrime argumentos en su defensa. La *descivilización* alude al predominio de dinámicas sociales conducentes a la desintegración social. Y de entre estas dinámicas, no se limita a considerar única y exclusivamente cuanto se vincule al Estado y la violencia en la vida social. Es preciso tener en cuenta que el análisis de la *descivilización* incluye variables adicionales y que, además, ha de realizarse en continuo diálogo comparado con dinámicas sociales civilizadoras. Que podamos hablar de *descivilización* es factible si contraponemos este concepto

a algún tipo de situación previa en la que resultaron dominantes las tendencias civilizadas. La *discivilización* se concentra, específicamente, en el papel del Estado explicando cómo es posible la coexistencia de estándares civilizados mayoritarios y violencia estatal compartimentada. De este modo, contribuye a clarificar la reduccionista dicotomía “civilización/barbarie”, tradicionalmente presentada como par de conceptos opuestos, excluyentes y sin solución de continuidad entre sí. De ella se desprende una más que interesante conclusión relativa a la posibilidad de pautas civilizadas en sociedad: éstas implican la asunción de una mínima noción de igualdad entre los individuos que les permita identificarse recíprocamente como semejantes. La negación de esa mínima igualdad es una condición que contribuye decisivamente al desarrollo de actuaciones discivilizatorias encabezadas por el Estado. La *informalización* se refiere a la sofisticación del aparato de autocontrol individual en el sentido de administrar y contener reflexiva y selectivamente conductas y emociones socialmente controvertidas. Presupone capacidad personal para distinguir ámbitos y momentos de actuación como criterio de ajuste para el comportamiento y los afectos.

Descivilización, *discivilización* e *informalización* prueban que la sociología figuracional goza de buena salud. Las aportaciones que amplían la teoría del proceso civilizatorio continúan sucediéndose³⁹ y así, como ya se apuntaba en la introducción, la duda de Elias, al tiempo que razonable, queda hoy finalmente despejada.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, P. (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza.
- ALONSO, L. (1977): *La represión sexual en la España de Franco*. Barcelona, Caralt.
- AMPUDIA, F. (2007): *Las bridas de la conducta. Una aproximación al proceso civilizatorio español*. Madrid: CIS/Siglo XXI.
- (2006b): “Administrar el Yo: literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 113: 49-75
- ARDITI, J. (1999): “Etiquette Books. Discourse and the Deployment of an Order of Things”; *Theory, Culture and Society*, Vol (16) 4; pp. 25-48.
- ARÓSTEGUI, J. (1990): “La oposición al franquismo. Represión y violencia políticas” en Tusell, J.; Altet, A. y Mateos, A. (Coords.) (1990): *La oposición al Régimen de Franco*. Madrid, UNED. (Tomo I, Vol. 2).
- (2006): *Por qué el 18 de Julio*. Barcelona, Flor del Viento.

³⁹ En el momento de redactar estas páginas, el diagnóstico se refuerza. Acaban de ver la luz dos nuevos trabajos especialmente relevantes, y por ello muy esperados. El primero es un estudio del proceso civilizatorio estadounidense a cargo de Stephen Mennell (2007). El segundo, un volumen en el que Cas Wouters (2007) sistematiza y compila cuanto tiene que ver con los procesos de informalización en Estados Unidos, Holanda, Reino Unido y Alemania durante el siglo XX.

- AVILÉS, J. (2006): *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*. Madrid, Consejería de Educación.
- BAUMAN, Z. (1997): *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur.
- BÉJAR, H. (1993a): *La cultura del Yo. Pasiones colectivas y afectos propios en la teoría social*. Madrid, Alianza Editorial.
- (1993b): “La ordenación de los placeres (civilización, sociabilidad y autocontrol)”, *Interacción Social*, 3: 133-156.
 - (1994): “Norbert Elias, retrato de un marginado”, *REIS*, 65: 13-26.
- BOGNER, A. (1986): “The Structure of Social Processes. A Commentary on the Sociology of Norbert Elias”, *Sociology*, vol. 20, 3: 387-411.
- BURCHELL, G. (1993): “Liberal Government and Techniques of the Self”, *Economy and Society*, vol. 22, nº 3: 267-283.
- CAZORLA SÁNCHEZ, A. (2000): *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons.
- CRUZ, R. (2006): *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI.
- DIAMOND, J. (2006): *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona, Debate.
- DUNNING, E. y MENNELL, S. (1998): “Elias on Germany, Nazism and the Holocaust: on the Balance between ‘civilizing’ and ‘decivilizing’ trends in the social development of Western Europe”, *The British Journal of Sociology*, Vol. 49, nº 3: 339-357.
- ELIAS, N. (1982): *La sociedad cortesana*. Madrid/Méjico, FCE.
- (1987): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid/Méjico, FCE.
 - (1990): *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona, Península.
 - (1994a): *The Established and the Outsiders*. Londres, Sage.
 - (1994b): “Civilización y violencia”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65: 141-151
 - (1995): *Mi trayectoria intelectual*. Barcelona, Península.
 - (1996): *The Germans*. Cambridge, Polity Press.
 - (1999): *Sociología Fundamental*. Barcelona, Gedisa.
- FEBO, G. (2002): *Ritos de guerra y victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée de Browner.
- FLETCHER, J. (1997): *Violence & Civilization. An Introduction to the work of Norbert Elias*. Oxford/Cambridge, Polity Press.
- FRASER, R. (2007): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española*. Barcelona, Crítica.
- GARCÍA DELGADO, J. L. (2000): “La economía” en García Delgado, J. L. (Coord.) (2000): *Franquismo. El Juicio de la Historia*. Madrid, Temas de Hoy.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A. N. (2006): *El proceso de la civilización en la sociología de Norbert Elias*. Pamplona, EUNSA.
- GASPAR, Sofía (2003): “Consecuencias no intencionales y figuración: una incursión crítica en la obra de Norbert Elias”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 101: 119-148.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (1998): “La violencia política y la crisis de la democracia republicana (1931-1936)”, *Historia Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 1. www.hispanianova.rediris.es/general/articulo/003/art003.htm.
- (2005): “La dialéctica de las pistolas: la violencia y la fragmentación del poder político durante la 2ª República” en Muñoz, J.; Ledesma, J.L. y Rodrigo, J. (Coords.) (2005): *Culturas y Políticas de la violencia*. Madrid, Siete Mares.
- GORDON, C. (1991): “Governmental Rationality” en Burchell, G.; Gordon, C. y Miller, P. (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. Londres, Harvester Wheatsheaf.
- GOUDSBLUM, J. (1998): “La teoría de la civilización: crítica y perspectiva” en Weiler, V. (comp.): *Figuraciones en proceso*. Santafé de Bogotá, Fundación social.
- HYNDES, B. (1997): *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*. Madrid, Talasa.
- JULIÁ, S. (1990): “Obreros y sacerdotes: cultura democrática y movimientos sociales de oposición” en Tusell, J. ; Altet, A. y Mateos, A. (Coords.) (1990): *La oposición al Régimen de Franco*. Madrid, UNED. (Vol. 2)
- (2000): “La sociedad” en García Delgado, J. L (Coord.) (2000): *Franquismo. El Juicio de la Historia*. Madrid, Temas de Hoy.
 - (2004): *Historias de las dos Españas*. Madrid, Taurus.
 - (2006): “Pueblo republicano, nación católica”, *Claves de Razón Práctica*, nº 161, Abril; pp. 155-186.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (2001): “La sociología del siglo XX”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96: 21-49.
- MARINIS, P. (1999): “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo) en Ramos, R. y García Selgas, F. (eds.): *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid, CIS.
- MENNELL, S. (1989a): *Norbert Elias. Civilization and the Human Self-Image*. Oxford, Basil Blackwell.
- (1989b): “Short-Term Interests and Long-Term Processes: the case of Civilisation and Decivilisation” en Goudsblom, J. ; Jones, E.L. y Mennell, S. (eds.): *Human History and Social Process*. Exeter, University of Exeter.
 - (1990): “Decivilising Processes: Theoretical Significance and Some Lines of Research”, *International Sociology*, Vol. 5: 205-223.
 - (2001): “The Other Side of the Coin: Decivilizing Processes” en Salumets, T. (ed.): *Norbert Elias and Human Inter-dependencies*. Montreal/ Kingston/Londres/Ithaca. McGill-Queen’s University Press.
 - (2007): *The American Civilizing Process*. Polity Press.

- MORENO, F. (1999): "La represión en la posguerra" en Juliá, S. (dir.): *Víctimas de la Guerra Civil*. Madrid, Temas de Hoy.
- MOYA, C. (1984): *Señas de Leviatán. Estado Nacional y sociedad industrial. España: 1936-1980*. Madrid, Alianza.
- NOYA, Javier (1994): "Bull's Skin and Bones. Figurational Sociology in Spain", *Figurations*, 2: 5-6
- O'MALLEY, P. (1996): "Risk and Responsibility" en Barry, A. ; Osborne, T. y Rose, N. (eds.): *Foucault and Political Reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. Londres, UCL Press.
- RAMOS, R. (1994): "Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias", *REIS*, 65: 27-53.
- REIG TAPIA, A. (2006): *La Cruzada de 1936. Mito y memoria*. Madrid, Alianza.
- REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas (1994). *Monográfico sobre Norbert Elias* (coordinado por Ramón Ramos y Helena Béjar), 65.
- REY, F. (1997): "El empresario, el sindicalista y el miedo" en Cruz, R. y Pérez Ledesma, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, Alianza.
- RICHARDS, M. (1999): *Un tiempo de silencio. La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco*. Barcelona, Crítica.
- RIMKE, H.M. (2000): "Governing Citizens through Self-Help Literature", *Cultural Studies*, Vol. 14, nº 1: 61-78.
- ROSE, N. (1990): *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*. Londres, Routledge.
- (1996): "The Death of the Social? Re-figuring the territory of government", *Economy and Society*, vol. 25, nº 3: 327-356.
 - (1997): "El gobierno de las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo", *Archipiélago*, nº 29: 25-40.
- ROSE, N. y MILLER, P. (1992): "Political Power beyond the State: problematics of government", *The British Journal of Sociology*, vol. 43, nº 2: 173-205.
- SÁNCHEZ, R. (2007): "Civilising-decivilising, formalising-informalising balances on the historical development of figurations" (artículo inédito)
- SMITH, D. (2001): *Norbert Elias and Modern Social Theory*. Londres, Sage Publications.
- SOUTO, S. (2001): "Juventud, violencia política y unidad obrera en la 2ª República española", *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 2. www.hispanianova.rediris.es/general/articulo/016/art016.htm
- SPIER, Fred (1998): "La teoría del proceso de la civilización de Norbert Elias nuevamente en discusión. Una exploración de la emergente sociología de los regímenes" en Weiler, V. (comp.): *Figuraciones en proceso*. Santafé de Bogotá, Fundación social.
- TAINTER, J. (1988): *The Collapse of Complex Societies*. Cambridge, Cambridge University Press.
- THEODEN VAN VELZEN, B. (1984): "The Djuka Civilization", *Netherlands Journal of Sociology*, 20, nº 2: 85-97.
- SWANN, A. (1997): "Widening circles of disidentification: On the Psycho – and Sociogenesis of the Hatred of Distant Strangers: Reflections on Rwanda", *Theory, Culture and Society*, 14 (2): 105-122.
- (2001): "Discivilization, Mass Extermination and the State", *Theory, Culture and Society*, 18 (2-3): 265-276.
- VAN KRIEKEN, R. (1998): *Norbert Elias*. Londres/Nueva York, Routledge
- WOUTERS, C. (1986): "Formalization and Informalization. Changing Tension Balances in Civilizing Process", *Theory, Culture & Society*, 3 (2): 1-18.
- (1998): "Sobre la sociogénesis de una tercera naturaleza en la civilización de las emociones" en Weiler, V. (comp.): *Figuraciones en proceso*. Santafé de Bogotá, Fundación social.
 - (2001): "The Integration of Classes and Sexes in the Twentieth Century" en Salumets, T. (ed.): *Norbert Elias and Human Interdependencies*. Montreal/ Kingston/Londres/Ithaca. McGill-Queen's University Press.
 - (2007): *Informalization. Manners and emotions since 1890*. Sage Publications.

